

EL ESTANDARTE

DE LA

MUJER FUERTE

EN

NUESTROS DIAS



EL ESTANDARTE
DE LA
MUJER FUERTE
EN
NUESTROS DIAS

VERTIDO DEL FRANCÉS
POR
H. MARTEL

BUENOS AIRES

Imp. de M. BIEDMA é Hijo, Bolívar 535
1899

*A las distinguidas damas que
forman la Comisión Auxiliar, de
la encargada de reconstruir la
Casa de Ejercicios, como home-
nage de respeto y en el deseo de
coadyuvar á su obra, se dedica
este modesto trabajo.*

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

En los momentos en que con tanta decisión se trata de reconstruir la casa de Ejercicios, que por cerca de un siglo ha sido en esta capital, la única destinada á la corrección de menores y depósito de mujeres, á la vez que en dependencias separadas se han educado como treinta mil niños y moralizádose al pueblo por medio de Ejercicios Espirituales dados á personas de uno y otro sexo; me ha parecido oportuno hacer conocer lo que se pensaba

y escribía en Europa en 1791 sobre su fundadora Sor María Antonia de San José, y á este efecto, he traducido del idioma francés el subsiguiente opusculo, que por una casualidad profesional ha venido á mis manos y que creemos leerán con gusto los admiradores de aquella. (1)

Aun cuando el autor del piadoso opusculo nos dice: que se ignoraba el apellido de familia de Sor María Antonia, esto debió ser para él, que escribia lejos del escenario en que actuaba ella; pues hoy se sabe perfectamente, no solo que pertenecía á una distinguida familia de Santiago del Estero como lo afirma, sino además, que contaba en-

(1) Este opusculo segun nota puesta en su primera página, apareció en 1791, sin nombre de autor ni de imprenta y se encuentra en la Biblioteca de *rue des postes*.

tre sus antepasados al general Don Juan José de Paz y Figueroa fundador de esa ciudad, antiguo maestre de campo alferez real, regidor décano, gobernador de armas, teniente general de gobernador, justicia mayor y capitán á guerra de la entonces capital de la importante provincia de Córdoba del Tucumán. Así es que en la vida civil, su nombre fué, el de Doña María Antonia de la Paz y Figueroa, cuyos apellidos cambió por el de San José. (1)

Cuando después de largo y penoso camino llegó á esta Ciudad de Buenos Aires la Señora Beata, inició valerosamente su obra, reconociéndose, bien pronto por todos, su utilidad.

(1) Artículo de la Revista Nacional, de José J. Biedma, fundado en datos suministrados por el Dr. Angel J. Carranza, sobrino nieto de Sor María Antonia.

El informe dado por el Exmo. Cabildo al Virey sobre el particular para que diera su permiso y facilitara la construcción de la casa, hoy ruinosa, dice: «que al celo y aplicación de la fundadora se debe, que los vecinos le hubiesen franqueado los recursos de sus caudales para tan piadoso objeto, habiéndose experimentado sus buenos efectos.» (1)

Además de lo manifestado por el Cabildo, la fundadora en la víspera de su muerte declara en su testamento: «que su designio de crear el piadoso establecimiento, cuya ventajosa utilidad ha hecho constante la experiencia..... lo ha conseguido por medio de las limos-

(1) Estos documentos acompañados, del plano respectivo, se encuentran en copia en el archivo de los Ejercicios. Los originales están en la Curia.

nas que la piedad de los fieles le ha suministrado.

Con la adquiescencia de las autoridades civil y eclesiástica, y favorecida por la caridad y la opinión pública, al fallecimiento de Sor María Antonia en 8 de Marzo de 1799, estaba ya edificada en la actual casa, el departamento destinado á los Ejercicios y dependencias de su servicio, habiendo acontecido en su patio, el caso que refiere el R. P. F. Julián Pedriel, en la oración fúnebre de las ezequías de aquella, y es, el de haberse extraviado la razón de uno de los asistentes, á tal punto que en el acceso de su furor, arremetía á todos armado de un cuchillo, con el que había herido mortalmente á tres personas, y que sin embargo, á la presencia de la Señora Beata, que se in-

terpone entre la autoridad dispuesta á hacer fuego sobre él, y el furioso, este se convierte en mansísimo cordero entregándola el arma homicida.

En las dependencias construidas, fué donde ella exhaló su último suspiro, siendo desde estas trasladado su cuerpo al Campo Santo de la iglesia parroquial de la Piedad, por cuatro de los trabajadores que seguían las obras, haciendo su sepelio *en hora silenciosa con entierro menor resado y sin ningún aparato.*

Tal se nos revela la mujer que se impuso una misión superior á su sexo, que la llevó á término con una abnegación y un valor verdaderamente admirable, sin que fuera bastante é detenerla, ni la distancia que mediaba entre su provincia natal y la capital

del vireynato, ni la escases de recursos con que contaba, ni las dificultades que se le opusieron, ni aun el que sus trabajos se reputaran una verdadera osadía contra los mandatos reales, cual era el hacer renacer el espíritu de San Ignacio, en una época, en que por contemporizar con el despótico Carlos III, hasta se escusaba usar la palabra Jesuita, como se nota en el informe del Cabildo de que hemos hecho mérito, en el cual, cuando hay que referirse á los hijos de la Compañía ó sus obras, se les denomina simplemente con la designación de *espatriados*, dando lugar á dudas, sino es que por las obras á que se refiere, se viniera en conocimiento de lo silenciado, como por los frutos se conoce el árbol según la frase del Evangelio. Epoca era tal aquella,

que basta recordar, que por haber enunciado incidentalmente el nombre de San Ignacio, en sus preses pidiendo indulgencias, se le mandó reformarlas como lo dice el opúsculo.

Todas las dificultades las vence la heróica á la vez que humildísima María Antonia con la firmeza de su carácter, unida á la intrepidez de una santa y el valor de una mártir. El estandarte abandonado por todos, al caer la Compañía, ella lo ha recogido y lo paseará triunfante en ambas margenes del Plata, con admiración y profunda estima de todos sus contemporáneos.

Su nombre aún en vida había franqueado las fronteras de la patria. La fama de sus nobilísimas acciones había llegado á Europa, como lo demuestra «El estandarte de la mujer fuerte en

nuestros días » y su elocuente panigrista Fray Julian Pedriel nos dice: «*que la relación de sus virtudes, fué oída con lágrimas por el peregrino pastor de la iglesia universal.* » (1)

Dios que en sus inescrutables designios, si bien, la había hecho comprender el restablecimiento de la Compañía de Jesús que tanto amaba, y cuyas obras emprendió á despecho de cuantos obstáculos se opusieron, no la permitió presenciar el día de su restablecimiento, de el cual estaba firmemente convencida.

Sus vaticinios al respecto se cumplieron, y cinco años después de su muerte, el Sumo Pontífice Pio VII expidió un

(1) Probablemente Pio VI, que murió cautivo en Valencia en 1799 y que fué violentamente arrancado de Roma por el General Berthier.

breve con fecha 21 de Agosto de 1814, revocando el de Clemente XIV, y restableciendo nuevamente los Clérigos de la Compañía de Jesús.

Los deseos de María Antonia de San José estaban cumplidos, y Dios la había llamado á recibir su premio y su corona en las alturas, por el empeñoso trabajo con que reemplazó los hijos de San Ignacio en esta parte de la América.

La misión impuesta estaba concluida con la vida; pero según los anhelos de su caridad, debía perpetuarse al través del tiempo. Este había sido también el deseo del Cabildo al indicar al Virey accediera á las peticiones de la señora Benta, y de tal manera, se preocupaba esta alta corporación de la continuidad de los Ejercicios, que indica se cerce-

nén á los vastos planes de Sor María Antonia, ciertas obras, para que con esos recursos se prosigan los Ejercicios despues de los días de aquella.

La ardiente caridad de la fundadora habíalo también previsto, creando el instituto que heredero de su espíritu conserva la casa, y sobre todo lo cual se expresa la señora Benta en su testamento, diciendo: «que hallándose pró-
«xima á dar cuenta á Dios, recomienda
«su subsistencia (de la Casa de Ejer-
«cicios) con toda la ternura de su co-
«razón, á todos los señores Jueces y
«Magistrados, de quienes espera la
«protejan con su autoridad; á la piedad
«del público la sostenga con las efu-
«siones de su caridad y á sus albaceas
«ordena la *conserven* y *aumenten* con
«celosa integridad, como conducente

« al servicio de Dios y á los intereses
« del pecador. »

Hace más de un siglo que la casa de Ejercicios existe. Hoy como entonces, el deseo de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, abre sus puertas en distintas épocas del año, á los que quieren en silencio y en retiro tratar los intereses de su eterna salud y sólo Dios sabe, cuantas venganzas se habrán extinguido, cuantas restituciones se habrán hecho, cuantos odios se habrán cambiado en fraternal caridad y cuantas deshonras é infamias se habrán evitado.

Hoy como entonces, la Casa de Ejercicios, recibe en alojamiento separado á mujeres y menores, que envían los señores Jueces en depósito, corrigiéndose las que lo necesitan, por medio del

consejo prudente y del persuasivo ejemplo.

Hoy como lo deseaba la fundadora, se ve aumentada la casa con una escuela pública, que frecuentan principalmente los niños de la clase pobre y con una modesta capilla pública, también, que utiliza el vecindario.

Hoy las Hijas del Divino Salvador (hermanas de los Ejercicios) como antes su madre y fundadora Sor María Antonia de San José, estienden su mano al generoso público de esta capital, pidiendo á nombre de esta y por amor de Dios, que las auxilie con su caridad, en la patriótica tarea de reconstruir la casa, que la piedad de nuestros padres fundó con generoso desprendimiento por inspiración de Sor María Antonia.

Para concluir creo oportuno advertir, que no habiendo la Santa Iglesia dado su decisión sobre las virtudes y hechos extraordinarios de la venerable mujer de que trata el opúsculo, no nos es permitido atribuirle más verdad, que el que merece la tradición fundada en el criterio fatible del hombre.

EL ESTANDARTE DE LA MUJER FUERTE DE NUESTROS DIAS

Cuando sobrevino el gran escándalo del anticristianismo de los tres últimos siglos, empezó por la emulación de los monges y se consumó en nuestros días por una envidiosa cabala de malos sacerdotes. Dios había suscitado entonces en el eterno orden sacerdotal, á su servidor Ignacio: *Jura bit Dominus et non pœnitabit eum.* Después de tal

juramento y de reiteradas promesas, podía razonablemente preguntarse, el porque del nacimiento de San Ignacio y de Lutero, descubriendonos Dios las dos Indias? Porque en este tiempo los negros ya más humanos, más fieles que nosotros, por un comercio infame han sido transferidos á la América? Porque vemos á los Señores feudales rusos mejor civilizados que lo somos nosotros, darnos hoy la lección é impo-nernos la ley? Porque.... Porque.... Oh Dios mio, cuan insondables son vuestrlos decretos, y como por mil acontecimien-tos preparados por vuestra sabia pro-videncia, anuncias vuestra gloria!

El estandarte de esta órden eterna, es rechazado á un pequeño rincon del norte de Europa, *posuit tenebras lati-butum suis*; pero él se encuentra fe-

lizmente defendido por una mujer ilustre, que le hará reaparecer con mayor esplendor, del norte al medio día del Nuevo Mundo. Yo no trato de detallar lo que se ha hecho al norte de Europa, ni los progresos rápidos y sorprendentes que hace nuestra santa religión en la América Septentrional bajo el estandarte de San Ignacio, baste decir, que su primer Obispo, su primer seminario y el primer convento que han aparecido en el transcurso de un año, son objetos dignos de nuestra admiración. Me limito, pues aquí, á hablar de la grande maravilla de nuestros días, de esa mujer fuerte, que con el estandarte de San Ignacio ha subyugado y asegurado á su lejítimo soberano, una gran parte de la América Meridional. Yo no diré nada, que no

esté conocido en Roma. Es de las cartas de esta heroína escritas á los Jesuitas desterrados en Italia, y de otras que ya he estraído, todo lo que voy á relacionar, y si se duda, estoy pronto á ponerlas á la luz, tales como han sido escritas. (1)

María Antonia de San José, es su nombre. Nació en Santiago del Estero ciudad de la América Meridional una de las más considerables del Tucumán y de una de sus principales familias. Ella vivía en una comunidad de jóvenes que no tenían instituto fijo. Sin votos, sin clausuras, servían á Dios

(1) Yo creo que las cartas de María Antonia han sido escritas á P. Peramas, escritor en Sena y que se ocupó de San Estanislao, al que María Antonia profesaba especial devoción ó al P. Emmanuel Vergara, en cuya vida escrita por Paramas se dice que dió ejercicios en Córdoba, en la que encontró mujeres, que él llamaba Nazarenas porque vivían retiradas.

con la más edificante regularidad, en la práctica de todas las virtudes cristianas, bajo la dirección espiritual de los P. P. de la Compañía de Jesús. Para evitar todo pretexto de distinciones mundanas, ellas renunciaban á su nombre de familia, y tomaban el de algún santo. Es por tanto, que se ignora el que correspondía á María Antonia. Habiendo sido desterrados los Jesuitas de los Estados del Rey de España en América, María Antonia se aflijó estremadamente, por cuanto veía privada á la religión de los grandes servicios que ellos le prestaban. Lo que preocupaba más su ánimo, era la discontinuidad de los ejercicios espirituales de San Ignacio, que habían hecho tanto bien y que no se habían suplido; algunos sacerdotes habían querido reno-

varlos en 1770 y lo habian ensayado durante cinco años, pero sin ningún éxito: se decía entonces, que se tenía lo bastante y que se estaba harto, esto causó bien pronto una relajación casi universal por toda la América Meridional. Ella sintió entonces, un deseo ardiente de reparar esta pérdida, de una manera ó de otra, que de pronto no puede determinar, pero ofrece generosamente su concurso, en cuanto esté en su poder.

Como su deseo no procede de otro motivo, que el de la salud de las almas y aumento de la religión, no duda que su pensamiento procede de Dios, lo comunica á su confesor, que le aprueba y la recomienda al Obispo, que lo consiente como igualmente al Magistrado de la Ciudad.

María Antonia tenía entonces 33 años. Ella vistió hacia el año dé 1775 un traje de Jesuita, con una capa que la había dejado uno de los misioneros desterrados. Con una cruz en la mano, exhorta á la penitencia; eligiendo por superiora de su misión, á Nuestra Señora de los Dolores y á San Estanislao de Koska por patron.

Todo marchaba al pronto según sus deseos; el primér retiro, se dió en una casa particular, muy cómoda; pero poco después fué considerada estrecha, obteniendo entonces el permiso de hacer dar los ejercicios espirituales en el colegio mismo que fué de los Jesuitas. Este se encontraba vacío, todos sus muebles habían sido vendidos. Uno de los primeros eclesiásticos que ella comprometió á darlos, fué el P. Diego

Toro exprovincial de la orden de la Merced y otros sacerdotes para las demás funciones. Ella atrajo mujeres que asistían ó servían á los que hacían los santos ejercicios. De esta manera apercibióse bien pronto, el gran provecho que resultaba á las almas, tanto en la ciudad como en los pueblos de los alrededores, lo que la hizo tomar la resolución de extender estos ejercicios y sus trabajos por todo el vireynato.

Ella vá á Jujuy, ciudad distante doscientas millas de Santiago, para tratar con el obispo de esta diócesis, y obtener su permiso. De allí, va cuarenta millas más lejos á Salta, donde reside el gobernador: el uno y el otro, encuentran de pronto ridículo y extravagante su pedido: sin embargo el obispo ha-

biendo examinado más maduramente su espíritu y la manera con la cual conduce su empresa, despues de diversas pruebas le acuerda como igualmente el gobernador la aprobación y permiso necesario, expidiéndole cartas de recomendación para los vicarios y oficiales subalternos, de las ciudades y distritos de su jurisdicción, por los cuales ella se proponía pasar, ordenándoles asistirla en su empresa con cuanto estuviera en su poder.

No obstante estas recomendaciones, ella experimentó más que nunca toda clase de contradicciones, de pronto: ella fué tratada de ébria, loca, fanática y hasta de bruja; á otros causó suma sorpresa, ver parecer de pronto una mujer hasta entonces desconocida, sin ciencia, y aún á lo que parecía sin ca-

pacidad, y que se mostraba bajo estas apariencias.

Despues del destierro de los Jesuitas de América, los católicos que les eran afectos, estupefactos, no habian osado declararse en su favor, estaban como los discipulos á la muerte de Jesucristo dispersos, y nada les parecía más extraño, que ver á María Antonia exhortarles á hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio, cuya idea estaba casi olvidada. Pero Diego Toro que la acompañaba, les citó como San Pedro en su primer sermón la profesión de Joel: *et erit in novissimis diebus, dicit Dominus: effundum spiritum meo super omnem carnem et prophetabunt filii vestri, et filiae vestrae, senes vestri somnia somniabunt, et juvenes vestri visiones videbunt.*

Entonces prestándose atención, se cambió de parecer, y bien pronto se pasó del desprecio á la admiración, se creyó ver reaparecer el espíritu de San Ignacio, y allí donde antes se la había rechazado, encontrase que había algo del celo del Jesuita en lo que María Antonia emprende. Llegan hasta asegurar que es un Jesuita disfrazado; esta idea que la ignorancia engendra, se propaga durante algun tiempo, pero María Antonia con su confianza en Dios, su constancia y su fuerza sobrenatural, triunfa en fin del respeto humano y continua promoviendo los ejercicios en toda la vasta provincia de Tucumán (1); San Miguel (hoy ciudad de

(1) La provincia de Tucumán comprendía varias provincias argentinas entre ellas la misma Córdoba.

Tucumán) San Fernando de Catamarca, Córdoba, etc.

Desde 1775 hasta 1779, recorrió las ciudades, aldeas y desiertos con los piés descalzos: *ut gigas ad currēdam viam.* Su espíritu verdaderamente gigantesco, habría querido extender su carrera á todos los países para extender la gloria de Dios y atender á la salud del prójimo. Tan pronto deseaba llevar sus conquistas hasta el cabo de Hornos y escribía que estaba preparada á ir á Flandes ú otras partes, si así era la voluntad de Dios. Andaba constantemente acompañada por dos mujeres indígenas y algunas veces por señoritas que querían seguirla, una de estas no la dejó jamás, á pesar de la repugnancia que tenía María Antonia de tenerla

como compañera, por causa de su excesiva belleza.

En fin, el gran teatro de sus trabajos se fijo en Buenos Aires, donde se presentó al Obispo en 1779, siendo al pronto rechazada. Ella no se acobardó y durante más de nueve meses, de tiempo en tiempo, vuelve á la carga. La misma cosa la sucede respecto del Virey; pero insistió con tanta modestia, humildad y constancia, que se vió obligado á acceder su pedido, determinándole á esto, el que un día María Antonia se le presentó con ese aire de franqueza tan natural á los santos, que defienden la causa de Dios, ella le representa con energía el gran perjuicio que está causando á los pueblos con su inmotivada negativa, y contra su costumbre, se retira en el acto de su presencia,

pero las palabras de esta pobre mujer le quedan fijas en su mente y por una fuerza sobrenatural le causan tal impresión, que aún cuando hasta entonces se había rehusado dar su asentimiento á la empresa, á su parecer jesuítica, despreciando todo respeto humano, acuerda todo lo que se ha pedido. Acontece poco despues, que aquel que la había despreciado más, insultado y ridiculizado y cuyo nombre se silencia, calló en la desgracia, fué desterrado á Filipinas, á pesar de su nobleza y del rango que tenía en el gobierno,

El Obispo la había dado su consentimiento y su bendición, María Antonia aún cuando carecía de dinero, alquiló de pronto una casa de las más espaciosas de la ciudad por 55 coronas por mes, y la proveyó de todos los mue-

bles necesarios, como igualmente de capilla y empezó á dar retiros ó sean datas, separadamente de ejercicios, unas veces á hombres y otras veces á mujeres, llegando su número hasta el de doscientas, trescientas y cuatrocientas personas. No se apercibe ningun síntoma de aflojamiento, como acontece frecuentemente en tales empresas, donde se trata sólo de la obra de Dios. Aquí aumentan siempre y su éxito es completo, llegando á extenderse algunas datas hasta 500 personas incluyendo los sirvientes. Los corredores y hasta los patios se llenaban de camas. Las damas de la alta sociedad, y más delicadas, se mezclaban con las indigenas, negras y mulatas, de la más baja condición, teniendo por lecho alguna vez una dura tarima.

Los sacerdotes, escribí la Madre María Antonia, los hacen con la más santa emulación y cuando salen me parecen haberse convertido en Jesuitas.

El Obispo prescribió la obligación de hacer los Santos ejercicios como preparación, á los que aspiran á recibir las órdenes sagradas. Desde este tiempo se establecen congregaciones que no existían, sobre todo la de la buena muerte.

El buen efecto que producen los ejercicios espirituales, traen una reforma gradual y general en las costumbres de esta ciudad, una de las más importantes. Después del destierro de los jesuitas, el teatro y todos los placeres mundanos habían tomado el lugar de los retiros; pero bien pronto, un cambio en el modo de sentir, hizo ver los

espectáculos abandonados, el lujo desaparecido y la nueva Babilonia convertida en penitente Nínive.

Lo que contribuyó más á este cambio, fué la llegada del virey del Perú Don Manuel Querios, y su esposa; estos dos grandes personajes entonces en desgracia, volvían de Lima á Madrid. Su historia y la de los monasterios de Roma y de Madrid etc... tienen más de un punto de relación, con los asuntos de la Compañía de Jesús, que lo que se piensa. Sobre este punto escribía el Cura de..... de Buenos Aires:

«V. y los otros, nuestros conciudadanos desterrados, guardais siempre silencio, pero permitidme deciros; que «sabemos más de lo que suponeis. Nihil «est occultum quod non revelabitur. No- «sotros conocemos los artificios de que

«se han valido para calumniaros. No digo más por el momento.

Indudablemente, todo se aclarará en el gran día en que los jesuitas vuelvan á ser restablecidos. Se verá entonces hasta que punto el partido antijesuitico había hecho servir falsas noticias..... como prestoso para calumniarlos y medio de destruirlos ;ahí de mí! ellos tenían al Perú del cielo y nosotros sufrimos su pérdida, el Rey de España en particular, aseguraba el suyo en la conciencia de sus gobernadores, guiados por estas misioneros, enviados inmediatos del Vicario de Jesu-Cristo, del cual me atrevo á decir, que eran sus ministros favoritos.

El Virey y su esposa atestiguaron su grandísima estimación por Doña María Antonia y quisieron hacer un

retiro en su casa, lo que ejecutaron con la más grande edificación y aplauso universal.

Tuvieron frecuentes conferencias con ella.

Sumergidos como estaban al llegar, en la más profunda aflicción, no encontraron ningún consuelo en las demostraciones públicas de respeto que se les hacia. Ellos no encontraron descanso sino en las conversaciones con que les consolaba María Antonia y les llevaba á resignarse con la voluntad de Dios. Ella fué su oráculo, y cuando se embarcaron para España, la pidieron de rodillas su bendición y recomendáronse á sus oraciones. Después de una feliz travesía y de un éxito favorable en su negocio, contra lo que esperaban fueron bien recibidos en la Corte, lo

que parecía habérselos predicho María Antonia, cuando les impulsaba, el esperar y poner toda su confianza en Dios.

El órden que María Antonia siguió en sus retiros, es el mismo que seguían antes los Misioneros de la Compañía; ella sabe que todo depende del buen espíritu del que les dá; que es una gracia particular que Dios acordó á San Ignacio; es por esto que ella no emplea sino sacerdotes en los que reconoce existe el verdadero espíritu de este gran Santo, y sobre lo cual, el Señor le ha dado el don de un discernimiento admirable. Durante ocho á diez días de ejercicios, estaba prohibido toda comunicación de fuera y dentro se hacía observar gran silencio; al fin de cada retiro, los ejercitantes van juntos en dos filas á la parroquia, donde se expone

el Santísimo Sacramento; recorren muchas calles de la ciudad, acompañados por sacerdotes y cantando las letanías de la Santísima Virgen y otras oraciones: así con la más grande devoción, en medio de un concurso de pueblo que no disminuye nunca, y siempre enternecido é impresionado, los ejercitantes van á rendir gracias al Padre de las Misericordias. Este espectáculo edificante atrae sucesivamente á otros á las datas, de suerte que van en aumento y se hacen expléndidas conversiones. Acontece muchas veces que los pecadores más escandalosos é inveterados concluyen sus días con una muerte preciosa á los ojos de Dios y de los hombres, probando así la bondad de los retiros.

En todo este trabajo María Antonia no ejecuta, sino lo que le es permitido

á una mujer hacer; ella no enseña ni predica y no tiene ninguna dirección inmediata de almas, pero en toda ocasión, ella exhorta sin cesar á los ejercitantes á la penitencia, á llenar sus obligaciones, á confesarse y á corregirse en sus faltas. se impone la tarea de hacerlos instruir en los puntos esenciales de su religión, si los ignoran; vela sobre los maestros y maestras á quienes encarga esta instrucción: ella emplea sobre todo sus cuidados y todos los medios posibles para conservar la inocencia de la juventud; es el objeto favorito de su celo, de su espíritu y de su discernimiento, Parece que este don le ha sido dado por el cielo en grado eminente, se la viene á consultar sobre cosas íntimas de todas partes, y aun cuando habla poco, sin elocuencia ni

corrección de lenguaje, pocas palabras bastan, ellas están preparadas por la reflexión, llegan al corazón más bien que al oido y son siempre adaptables al objeto y dejan una fuerte impresión, siendo raro no produzcan otros buenos efectos. Ignora el menor artificio, le es desconocida la intriga; un amable candor la hace usar igual afabilidad para con todos, sin acepción de personas, distinguiéndola en toda su conducta, la simplicidad de la paloma, unida á la prudencia. Todo lo que sirve á su persona y manera de vivir parece más bien despreciable, si no es que fuera realzado por su celestial modestia y de manera tan agradable que gana los corazones al servicio de Dios.

He aquí lo que escribe la R. M. del Convento de Santa Catalina en Buenos

Aires: « Esta admirable hija, á lo que
« me parece, tiene el corazón de cada
« uno á su disposición; ella hace lo que
« quiere para el bien de las almas.
« Creo que este don particular de ga-
« nar así los corazones, proviene en
« alguna manera del hábito de San Ig-
« nacio que lleva: porque en fin el mun-
« do es siempre el mismo. No son,
« sino los enemigos de los jesuitas los
« que no estiman particularmente á
« aquellos ó aquellas, en las cuales ob-
« servan alguna semejanza con ellos y
« que practican lo que han visto hacer».

« Nuestra apostólica María Antonia,
« dice otro, hace aquí lo que hacía la
« Compañía; pues lleva en su corazón
« el extracto de su espíritu en toda
« su extensión, y cumple como ella to-
« da justicia.» P. E. Se ve todos los

años aumentar las comuniones pascuales y en cuanto á la frecuente comunión, ella no descuida nada para empeñar á los ejercitantes.»

Voy á transcribir la solicitud que presentó con este motivo al Obispo de Buenos Aires, con todo lo que siguió.

« María Antonia de San José, vuestra humildísima sierva, hace presente « con el más profundo respeto, que « anhelando por medio de los ejercicios « espirituales de San Ignacio, trabajar « á la mayor gloria de Dios, y salud « de las almas, y estimando conveniente « á este fin, suplicar que nuestro « Santísimo Padre el Papa, se sirva « acordarnos algunas gracias espirituales que coadyuven á nuestros débiles « esfuerzos; vengo á suplicar á Vuestra « Ilustrísima con toda sumisión, el apo-

« yar por gracia nuestra solicitud, ates-
« tiguando el bien que han producido
« hasta el presente estos ejercicios, y
« de que manera ha agrado á Dios
« bendecir los trabajos de la mínima y
« más indigna de sus siervas. Dignaos
« al mismo tiempo expresar los métodos
« observados hasta el presente para
« llevar las almas á la salud y á la per-
« fección y dar tales informes según la
« verdad, sobre cada artículo relativo
« al mayor bien de las almas y á la
« mayor gloria de Dios.»

(El Obispo la dió el testimonio si-
guiente):

« La suplicante María Antonia de
« San José, según información de tes-
« tigos irreprochables y mi propio co-
« nocimiento, está empleada humilde-
« mente, desde hace más de nueve

«años en procurar los Ejercicios espirituales á los habitantes de ésta. A fines del año 1779, requirió mi permiso para abrir una casa para practicar dichos ejercicios, los que rehusamos al principio con la intención de experimentar su espíritu y reconocer su misión. Nosotros nos certificamos de su conducta durante nueve meses consecutivos, en que examinamos las vistas y motivos, que podían guiarla en esta empresa. Nos la desechamos muchas veces y de una manera bastante dura, como si hubiésemos desaprobado sus acciones, ella ni nos importunó ni buscó recomendaciones para su pedido ».

«Ella no hizo, sino, reaparecer de tiempo en tiempo para renovar su solicitud; siempre con profunda humil-

«dad é igual tranquilidad, recibía re-
«chazo cada vez, dejándonos con un
«aire contento: en fin, después de di-
«versas pruebas, no hemos podido du-
«dar por más tiempo, que ella ha sido
«excitada y conducida por el espíritu
«de Dios, que elige los débiles y en-
«fermos para confundir á los fuertes.
« . . . Nos accedimos á su petición en
«Agosto de 1780, ella abrió una casa
«de Ejercicios espirituales en esta ciu-
«dad de Buenos Aires en la que ha
«producido y continúa produciendo un
«gran bien en el pueblo lo que nos
«hace regocijar grandemente en el Se-
«ñor y reconocer la mano del Padre
«de las Misericordias, que por su me-
«dio vuelve al rebaño las perdidas y
«dispersas ovejas.»

«Ya más de quince mil personas

«han hecho sucesivamente los Ejercicios espirituales en esa casa, durante diez días, y han sido debidamente alojados y alimentados sin ningún gasto de su parte, y sin que pida ninguna limosna. Rarísima vez se ha dirigido á Nos con este motivo, á pensar de nuestros ofrecimientos para ayudarla en sus piadosas tareas. La generosidad de la divina Providencia ha provisto de todo lo necesario y de una manera verdaderamente admirable y es una prueba más de la protección que Dios la dispensa.»

«Nos hemos examinado el método y las réglas que se observan durante los Ejercicios espirituales, y vistos sus buenos efectos, los creemos irreprochables y santos.»

«Gran número de personas carecian

« de pastor en estas inmeñas y salva-
« jes comarcas y estaban privadas de
« la recepción de los sacramentos, han
« venido á esta casa de retiro, donde
« han llorado los desórdenes de su vida
« pasada y reconciliádose con su Dios.
« Las personas tibias vuélvense fervo-
« rosas y las virtuosas adelantan en el
« camino de la perfección.

« Nos mismo estando próximos á re-
« gresar á España para pasar el Arzo-
« bispado de Compostella, hicimos en
« esta Casa los Ejercicios espirituales y
« hemos sido muy edificados en el
« Señor.

« Nos podemos asegurar á Vuestra
« Santidad, fundados en nuestra pro-
« pia experiencia, como por las relacio-
« nes de otros, que los frutos espiri-
« tuales de esta institución son muy

«amplios. Por estas causas de *motu proprio* le hemos acordado los privilegios é indulgencias que están en nuestra facultad. *Creemos firmisimamente que Vuestra Santidad puede con toda seguridad acordar á la suplicante todas las gracias espirituales que juzga convenientes, á fin de impulsar, consolar y confirmar á los fieles en la práctica de los Ejercicios.* por los cuales pueden recuperar, conservar y aumentar la gracia de Dios para su eterna salud. Tales son nuestros verdaderos sentimientos que firmamos de nuestras manos y refrendamos con nuestro sello el 13 de Febrero de 1784.»

Firmado, F. Sebastián Obispo de Buenos Aires.

Esta solicitud fué presentada y puesta en manos del Secretario del Papa,

N. B. fué contestada: *Reformetur preces* á causa del nombre de Ignacio, natural é incidentalmente puesto por María Antonia hablando de los Ejercicios: fué menester recopiar sin ese nombre. Entonces obtuvo las indulgencias plenarias para tres días en el año. «*Pero no se ha considerado dice ella en sus cartas, que los retiros se hacen durante todo el año;*» por consiguiente se vió obligada á recurrir nuevamente á Roma. Había pedido igualmente un oratorio privado y un altar portátil, muy necesario en sus carreras apostólicas: esto le fué rehusado, porque se decía que la suplicante no era de elevada alcurnia; pero el Obispo le acordó lo que Roma rehusó, y además el permiso á los sacerdotes de confesar, administrar y exponer el Santísimo Sacramento.

A pesar de todas estas travas y contradicciones, todo prosperaba en la empresa de María Antonia y según cartas recibidas en 1788, había conseguido con sus misiones que más de 70.000 personas hubiesen hecho retiro.

Lo que causa la sorpresa y admiración de cada uno, es el sustento durante esos retiros, el cual es verdaderamente milagrosa y cumple la palabra de Dios: *Quæatque primum regnum Dei et hoc omniaq; adjicientur vobis.*

Es otra multiplicación del pan; por que no es otra cosa el que consta se dá á tantas personas y que aprovechan hasta los presos y los pobres de la ciudad. Ella se anticipa al pedido de los pobres vergonzantes para aliviarles. Nada falta á los ejercitantes, ellos tienen frutas al almuerzo y tres platos al

medio dia, mate de yerba paraguaya con azúcar. El Obispo que viene alguna vez para exhortar á los ejercitantes prueba estos manjares y los encuentra muy buenos. Es verdad, que el clero, la nobleza y todo lo que constituye el vulgo del país concurren; pero con todo eso, ella misma lo dice, no sabe de donde le viene esta abundancia, aún en tiempos de carestía y escasez, y es por esto, que se dá á la Casa de Ejercicios el nombre de casa de la Providencia.

« Esta ha sido alguna vez visiblemente milagrosa y respecto de esta providencia yo recordaré algunos casos.
« Un dia que asistía á los ejercicios que se daban á más de cien mujeres, había una porción para treinta personas;
« la cocinera estaba muy dificultada,

« cuando María Antonia vino á la cocina
« para arreglar las porciones, porque no
« venía á otra cosa, llenó todos los pla-
« tos y cada uno en cantidad suficiente.
« De lo que quedó, hubo bastante para
« distribuir á los pobres. La cocinera
« á quien pasó esto, lo ha escrito. »

En otra ocasión antes de comer, no había grasa para preparar la comida y la cocinera no sabía donde encontrarla; ella había advertido muchas veces á María Antonia, que en esos momentos estaba muy ocupada con los ejercitan-tes; la respondió con aire muy tran-quilo: id á decir á nuestra abadesa lo que falta, entendiéndose por tal, Nues-trá Señora de Dolores, Patrona y Su-periora de los retiros; momentos des-pues, un desconocido á caballo golpeaba

la puerta de atrás, llevando provisión de grasa y sebo para hacer velas.

Han acontecido, dice la carta del Americano que relaciona estos hechos, muchas otras cosas admirables, que prueban la bendición de Dios sobre estos retiros: guiados y sostenidos por la fe viva de María Antonia; pero una carta de ella dirigida á uno de sus antiguos directores, no puede pasarse en silencio:

« Yo no doi dice ningun paso en estas empresas, antes de haber comprendido bien, si es una orden de Dios, que parece entonces conducirme por la mano aún cuando no pueda deciros como eso se hace; agregaré solamente á efecto de haceros conocer la amable Providencia de Dios sobre mi, que no obstante no soi sino una indigna y miserable crea-

tura, que en mis largos y penosos viajes, á través de desiertos inhabitados en medio de lagos y ríos desconocidos y muchos otros obstáculos, yo no he sufrido daño considerable: cuando estuve en Catamarca fui desahuciada del médico y recomendándome entonces al Sagrado Corazón de Jesús, me encontré curada de pronto sin ningún otro remedio. A consecuencia de una caída, me rompi, una costilla, en otra ocasión me disloqué un pie, pero fui curada una y otra vez por el contacto de una mano invisible. »

Siempre ocupada en la gloria de Dios y la salud del prójimo, quería dar un asalto espiritual general, por medio de misiones extraordinarias, tales como las hacían antes los Jesuitas en América y perpetuar los retiros después

de su muerte, para lo que desearía ver establecidos conventos de Visitandinas y Ursulinas en todas las ciudades españolas.

A pesar de tan vastos proyectos, ella es siempre realmente pobre y personalmente carece de todo. Ningun objeto temporal la ocupa, ella dice por el contrario, que no habría jamás querido empezar ni emprender nada semejante con todos los tesoros del Rey. Su manera de vivir no desmiente sus sentimientos: siempre llevando un cilicio, durmiendo muy poco y esto sobre una tarima; jamás come carne y como se ha observado, se alimenta con pan y agua y un poco de sopa; si retarda los ejercicios por algunos días, lo que acontece raramente, es para entregarse á prácticas de mortificación extraordinarias,

que oculta bajo una fisonomía siempre alegre. En fin, aquellos que nos hablan de sus austeridades y de sus continuas fatigas, nos dicen: que no comprenden como se bastaba á tantos trabajos, flaca, débil y delicada como era. Ella es, nos dicen, una de las más fervorosas misioneras apostólicas que se han visto y su vida es un milagro continuo. Su caridad indecible alivia y pone en paz las familias, media en las diferencias entre el Obispo y el Gobernador del cabildo y clero inferior, en fin todo el pueblo la consulta y la llama madre.

Un día, dice un Americano, me encontraba en compañía del señor Obispo y le oí proferir estas palabras: «*Si Maria Antonia supiese el gran bien que hace con los Ejercicios espirituales, solo respecto al matrimonio, endere-*

zando los desórdenes y las costumbres viciosas, jamás querria dejar de continuarlos y extenderlos. »

Así acontece que todos los Obispos la invitan á que los haga dar en sus diócesis, tanto en los retiros cuanto en sus visitas canónicas; el de Tucumán que es su Obispo la ordena volver, y ella lo habría hecho, si el gobernador no se lo impidiera y el Obispo de Buenos Aires no la hubiese retenido para reparar, decia, el tiempo que la había hecho perder. El habría deseado tenerla en España, cuando fué llevado al arzobispado de Compostella; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo.

Solicitada en Montevideo desde tiempo atrás, acabamos de recibir en Roma una carta de María Antonia fechada en la Colonia del Sacramento de 23 de

Noviembre de 1790. Esta noticia es tanto más interesante para la religión, cuanto que se sabe que esta santa Colonia, modelo de otras, ha sido el primer objeto del infierno desencadenado.

Permitid gran Dios! que se convierta en teatro de vuestro triunfo. «*Continúa siempre en la misma ocupación de los retiros espirituales... El concurso es muy grande, pero la falta de consejeros y de sacerdotes asistentes, me causa mucha pena, pues; por esta razón, no puedo recibir el número de personas que desearía y que se presentan por sí mismas, muchas manifiestan gran pesar de quedar aplazadas á otro tiempo.*»

Esta falta de sacerdotes, es una causa de gran inquietud y que aumenta todos los días; porque no están dirigidas

«por aquellos que habrian podido ayudarme y enviar me confesores, para los cuales yo ofrezco pagar los gastos de viaje y mantención. Puede ser que «Dios lo permita así para manifestar su poder y que con la ayuda de pocos obreros pueda verificarse la conversión y santificación de muchas almas. Pero «según mi pobre y poco entender espero, «que él me ha de proveer de más gran número de buenos, sacerdotes, para facilitar y abbreviar la obra que se ha dignado comenzar aquí. Recoméndadme á la memoria de todos nuestros queridos hermanos en el Señor y suplicadles rueguen mucho por mi. Decidles que en medio de mis ocupaciones continuas, no he descuidado celebrar la fiesta de mi querido San Es-

«*anislao de Koska con mi familia
espiritual y mis amigos.*»

Se dirá recordando ó relacionando otras muchas cartas de América, que María Antonia viendo que los prodigiosos efectos de sus inmensos trabajos apostólicos, debería abundar en consolaciones ;no! ella declara á aquellos en quienes ha puesto su confianza, que está llena de aflicciones interiores, y que su corazón está como estenuado de ansiedad y de sufrimientos. La persecución que sufre la Compañía de Jesús, es la causa; pues ve que sus misioneros no trabajan en la viña del Señor, por lo que no cesa de pedir su restablecimiento.

Ella tuvo sin embargo, como lo ha confesado, algún consuelo y el Señor le ha dado ciertas luces. Un día en que

se dirigía á San Estanislao á quien había elegido por patrono, vió por revelación un gran navio como una iglesia llena de luces, que se extinguían sucesivamente, de suerte que llegó á encontrarse en una horrorosa oscuridad, lo que la hizo llorar amargamente, no sabiendo donde dirigir sus pasos, hasta que al fin vió una pequeña luz que se tornó en gran claridad en un pequeño rincón del lugar en que estaba. Muchos ángeles tenían una antorcha apagada en la mano, y trataban de volver á encenderlas sin éxito. En aquel tiempo dice la corta, se ignoraba aquí, lo que acontecía en Rusia, pero cuando lo supimos, no fué difícil explicar esta revelación. Ella recomendaba sin cesar rogar á Dios, para obtener el restablecimiento de su Compañía, de la que hablaba

con muy grande entusiasmo y la más generosa unción; no era necesario sino tocar ligeramente este motivo, para excitar en ella una conmoción general de todas sus piadosas afecciones; tan reservada como era en todas las materias, en esta ella se expresaba con una suerte de arroamiento y sin ninguna reserva.

«Si se pudiese, dice una carta, narrar todo lo que se dice de místico y de arrebatador, con este motivo, que de cosas admirables saldrían á luz? Que no tenga dice, nuestro correspondiente americano la pluma y el espíritu del R. P. Luis Dupont, para escribir la vida y las virtudes sublimes de esta otra Mariana de Escobar y referir las revelaciones misteriosas que le son comunicadas por el cielo.»

En sus cartas escritas á los jesuitas desterrados en Italia que ha conocido, se queja de su silencio al respecto : «*Me comprendeis dice, yo no debo explicarme más imploremos los Santos de vuestra Compañía.*»

En otra : «¿Cuándo me comunicareis, «querido Hermano lo que deseo ar- «dientemente saber; sabeis de lo que «quiero hablar? Cómo es posible que «hasta el presente no hayais podido en- «viarme algún consuelo? Es solo Dios «el que debe realizar esta obra, ó está «reservada á alguno sobre la tierra? «Que la voluntad de Dios se cumpla, «en cuanto á mi me basta, este acon- «tecimiento tan deseado, llegará cierta- «mente, aún cuando no sepa como y «es con este pensamiento que me con- «suelo.»

En otra dice todavía : «Estraño no ha-
«yais comprendido en el acto, la causa
«de mi ansiedad y de la pena interior
«que siento en medio de los consuelos
«que Nuestro Señor me da, y que de
«ninguna manera merezco : por cuanto
«en otra ocasión y en otros términos, yo
«os rogaba me dieras algunas noticias
«que pudieran aliviar mi pena. Yo no
«he supuesto ni podido suponer, que
«ignoreis la causa de mis sufrimientos
«anteriores, que no es otra querido her-
«mano, sino que la Compañía de mi
«muy amado Jesús no exista y haya
«sido arrojada y desterrada de estas
«bastas provincias y reducida á habi-
«tar un pequeño rincón del mundo :
«esta es la verdadera causa de mi affic-
«ción, por lo cual os ruego me digas
«alguna cosa de mi Madre la Santa

«Compañía de Jesús. Si hay esperanza en Europa de verla volverá nosotros? «Mi esperanza es tan firme, y tal, que no puedo pensar en otra cosa. La corazón es: cómo sería posible que Dios á quién yo le pido sin cesar después de tantos años, permitiera que aumentase y fuera cada vez más firme mi esperanza, si fuera vana y sin fundamento.»

Los Jesuitas de Italia á quienes escribía y que la habían conocido, de pronto les costaba concebir su admirable empresa y la tuvieron secreta, no hablando jamás, sino entre sí y con grandes precauciones, y solo después que la cosa se hizo pública en Roma, se permitieron publicar sus cartas y las de sus otros correspondentes.

Para obtener este delicado objeto de

sus deseos, María Antonia aumentó considerablemente el culto de San Ignacio y de los otros santos de la Compañía, que había decaído después del destierro de los jesuitas. Los pueblos muy dispuestos estaban de su parte, y supimos que volvieron á tornarlos con gran explendor y sintiendo más que todo, la pérdida que habían sufrido, tienen la misma esperanza de María Antonia, y experimentan tal seguridad por la vuelta de la Compañía, que los padres disponen á los hijos á recibirla, contándoles todo lo que ella ha hecho por ellos. Se han visto esos niños el día de San Ignacio, al salir de sus escuelas, gritar por todas las calles: viva San Ignacio. La esperanza ha aumentado mucho, á causa de un temblor de tierra, en Arequipa, en cuya ciudad

solo quedo subsistente el colegio de jesuitas en medio de las ruinas de todos los edificios destruídos, de lo cual se deducia un feliz presagio para su vuelta. «Es evidente, dice una carta americana, que la misma bendición se extenderá en el porvenir sobre otros estados del mundo que respondan al espíritu de San Ignacio y de su Compañía.

Este tiempo no parece lejano, sobre todo en América, donde se tiene gran necesidad de su asistencia y de sus trabajos, porque hasta el presente los jesuitas no han sido reemplazados por otros eclesiásticos. No es en las representaciones que han sido hechas con este propósito á los Vireyes y á la Corte de Madrid, que me fundo, tengo otros motivos que me persuaden ven-

tajosamente; se que muchas personas piadosas levantan día y noche las manos al cielo con este motivo, otros se han sometido á grandes sufrimientos y otros han tenidos grandes luces del cielo: sería sin duda una temeridad rechazar tantos motivos de esperanza?

No ha largo tiempo que conversando con un santo sacerdote de la ciudad de Córdoba, muy experimentado en la dirección de las personas devotas, me dijo, que había tenido señales extraordinarias de la vuelta de los jesuitas. de parte de dos almas elegidas, por lo cual no tenía ninguna duda. María Antonia era una de ella: esta le declaró antes de ir á Buenos Aires, que no volvería á su país antes que los Jesuitas no fuesen restablecidos. La otra se llama Catalina del Sagrado Corazón

en Córdoba (edad al presente de 45 años) la cual penetrada de dolor á causa de la expulsión de la Compañía, ofreció al Señor soportar todos los tormentos con que le agradare aflagirla, hasta su vuelta, para poder ser enterrada entonces en su iglesia con mortaja de Jesuita, que se había procurado de uno de estos misioneros: el Señor la escucha y sufre sin cobardía y sin quejarse, desde ese tiempo, atestiguando aún el más grande gozo y dice frecuentemente: que cuando los Jesuitas vuelvan habrá llegado su tiempo de ir al cielo. Lo que es más sorprendente es, que regularmente en el año, tiene un día exceptuado de penas, y es el de Navidad. Entonces ella sale por si misma del lecho, se viste sola, vá á la Iglesia, oye misa, se confiesa y comulga y en

habiendo acabado sus devociones acostumbradas, vuelve á su casa, comenzando de nuevo sus sufrimientos ordinarios que la retienen en el lecho hasta la fiesta de Navidad del año siguiente. Se ha notado que su gozo ha aumentado mucho en estos últimos años. Se la permite comulgar en su casa tres veces en la semana.

Hay, pues, todavía en este mundo mujeres, que para confusión de los hombres destructores, protegen y conservan el espíritu de San Ignacio y de su Compañía, levantando su mismo estandarte: «*cual María Antonia que se la considera en la América española como, un resto de la piedra de ese gran edificio, que los enemigos de la Iglesia han querido destruir. Ella apareció dice una carta, para confusión y ver-*

güenza del clero tanto regular como secular. »

En efecto, quien podrá cambiar su proyecto de volver los Jesuitas iguales á ellos ó de destruirlos? Esas traiciones, esas pequeñeces, esas vías de hecho, van bien imitadas para anondar á los que escuchaban los consejos de su Padre? No de otro modo, como los hermanos de José, han asistido á los tristes funerales de los que morían en Israel para enterrar sus hermanos sobrevivientes en Egipto. Si vive todavía esta corporación al Norte de Europa y el espíritu de su Santo Fundador reaparece de un polo al otro de América.

Maria Antonia, *es la mujer fuerte* que ha levantado de nuevo el estandarte en el cual está escrito: *Deum timete: Regem honorificate: servi subditi estote.*

Así despues de largo tiempo y allí donde hubiese Jesuitas, y el espíritu de San Ignacio que es el de Jesú Cristo (me permito usar estos términos) jamás se arrepentirá el Señor de su divina inauguración: *Jurabit Dominus et non paenitebit eum; tu es sacerdos in eternum.*
